





**RENMINBI**





Lu Nei / Fan Xiaoqing / San San / Shuang  
Xuetao / Xu Zechen / Liang Hong / Pema  
Tseden / Chen Liyu / Chen Chuncheng /  
Can Xue

# RENMINBI

**Narrativas chinas sobre el dinero**



## PRÓLOGO

### **Camarada, cómo está.**

Por Esteban Schmidt

Leí encantado unos cuentos escritos en chino por chinos y en China y fui feliz en cada giro de sus tramas, en cada intención de sorprender y hacer pensar. Si la suya es una dictadura, diría que puede manejar bastante bien el riesgo de que la gente imagine lo que quiera en sus casas, y no tiene pánico de que esas fantasías se enlacen con otras y le armen un despelote. Por decir lo primero.

Lo segundo es que los prejuicios nos ayudan a constituir lo que está en desarmado o en penumbras y China se presenta ante nuestros ojos mayormente con containers apilados en el bajo llenos de objetos que se rompen enseguida, y no sobresalen, como en otros imperios, los sujetos ejerciendo el verdadero oficio más viejo del mundo, el de hacerse el vivo, produciendo material eterno, la mímica, el arte.

En los cuentos me encontré con la China que no aparece en nuestros comercios de cercanía o en los bazares económicos de chucherías dominados por vuestra comunidad en la diáspora, así que el interés literario se enriqueció con la experiencia de vida. Superpuse a los personajes de las historias con la cara de quienes me ignoran e incluso desprecian en las cajas de los supermercados y de pronto cobraron interés.

China no solo queda lejos, si es que queda lejos, porque los mapas los vimos por última vez en la escuela, y ya nadie mira mapas para nada, a menos que sea el de la zona a donde se quiere mudar, para dimensionar distancias con parques, o con las villas de emergencia que se quiere evitar. O sea, para el pueblo argentino, China es un cuento, una fantasía, como el cielo de los cristianos.

Aunque no para mí que tengo el status suficiente como para prologar libros, incluso escribirlos, y a mi China me parece algo muy serio, es más que un país, es un monstruo uniforme y yo busco desde muy chico la identidad, la genuinidad de los nombres propios y China no decepciona, es enteramente china, sin detalles antichinos, y su enorme extensión continental perfecciona una identidad compleja que logra ser destilada por el poder y conforma una de las columnas del partido del estado, de la dictadura perfecta, del comunismo con negocios, la otra columna, y la tercer columna, las postales coloridas anuales de desfiles militares con grandes apuestas a la simetría y a los volúmenes incrementales de cohetes. Las sesiones del partido comunista donde se exponen aquellos desafíos que el imperio o usted, quiere revelar a occidente son el cuarto poder.

Visto desde el Río de la Plata, China se esconde bajo un régimen político que atrapa a los opositores, a los díscolos, a los rebeldes con causa. Para ellos no hay una China total, les toca la

China que los cercena a aceptar. Pero qué pasa con la expresión, que no es otra cosa que salir de la prisión, y que ya lo delaté, está viva, viva. Le encontraron el agujero al mate, se puede funcionar como dictadura y que los artistas vuelen. Lo sé por este libro, y por la gracia de las traducciones, porque los ideogramas mandarines nos alejan, qué entender en esos dibujos, es iniciar la vida de cero aprender mandarín.

Así que estoy muy agradecido a este libro de cuentos chinos, subproducto del gran cuento que es China para todos, porque me resolvió mucha ignorancia sobre el día a día, y sobre cómo se sueña en China, sobre qué se imagina, sobre qué se puede contar.

Spoiler, de todo.

El comunismo es dar trabajo o asignar roles dejando poco espacio para la marginalidad y la locura. La alienación comunista es tan idéntica a la del capitalismo que pasma, pero mientras la segunda, que es la nuestra, es rumbeada por la maquinaria industrial y de ventas, en la primera se ajusta por disciplina social.

Hablaré entonces de lo que conozco más, antes de que los autores hablen de lo que no conozco nada.

Tengo para mí que hay que ser un poco distraído para vivir en una sociedad sin sentirse electrizado por la injusticia de que unos pocos tengan mucho, y muchísimos tengan muy poco. ¿Hablo de la nuestra? Sí; hay que ser inocente o estúpido para transportar los discursos que la

niegan; y, por último, hay que ser mala persona para ser aquel que los sostenga con el propósito de agradar a los patrones.

Lo más habitual que escuchamos sobre esta injusticia indisimulable es que no todos somos iguales, que no todos le ponen el mismo interés a estudiar, a trabajar, a innovar, y que eso va separando las aguas creando una fórmula engañosa que ecualiza la violencia que está implícita. Incluso las terapias, sin que sea éste su propósito expuesto o secreto, encubren la lucha de clases al poner en el sujeto la ilusión de dar el zarpazo que lo salve.

La situación de clase implica aceptar algo que no está determinado por la biología sino por la propiedad, la historia, la relación de fuerzas, y esta circunstancia, turbia, me pone a la defensiva porque yo no quiero caer más abajo; también a la ofensiva porque quiero tener más de lo que tengo; o sea que la cuestión me infantiliza, me crea una ansiedad por exceso de opciones malas, desear ser rico y no poder, tratar de no caer y no estar seguro de poder lograrlo. Soy una víctima más, y la más importante de todas: porque soy yo. Me hace odiar, me resiente, una emoción que preferiría lejos.

Tuve la suerte de conocer la escuela pública argentina interclase, me tocó el Mariano Acosta, Balvanera, el barrio de Hipólito Yrigoyen, así como también conocí la calle Lavalle interclase, la peatonal de los cines donde se formaban mareas humanas los sábados a la noche. Con

mis compañeros, algunos hijos de encargados de edificio, de enfermeras, otros de poderosos importadores de juguetes, estábamos muy unificados por la lengua porque nuestros padres, pobres, medianos y ricos, estaban parejamente educados y, además, todos, tenían un televisor, no dos, no tres.

No había distinción tecnológica entre las puntas sociales del aula. Podíamos hasta coincidir en la guardia del Hospital Durand. Las diferencias más notorias estaban en los metros cuadrados y en el viaje a Europa de unos que sí y de otros que sólo escuchábamos las anécdotas cuando nos pasaban los carretes de diapositivas que testimoniaban el paseo. En el transporte escolar que hilaba las zonas ricas de Caballito, la calle Beauchef, con las zonas más de mitad de tabla, la calle Bogotá, escuché por primera vez que existía algo llamado Les Luthiers, un consumo alto que hacía la familia de un compañero, yo escuchaba los discos de Katunga.

Cuando se constituyen las primeras impresiones, yo veía la riqueza en esos pequeños detalles, padres en un concierto, hijos que podían pedirse una segunda Coca en una pizzería o dejarla por la mitad. Desde entonces, aprendí a amortiguar mi envidia, a hacer que no me importe. Pero tengo claro que, en caso de una guerra civil declarada contra el dólar atrasado voy a terminar asaltando sus casas. La mayoría de los ricos tienen lo que no han ganado más que por lotería social y viven vidas que todos deberíamos vivir. Así son las cosas.

Sé que muchos de ellos no la pasan bien, especialmente cuando aún no han heredado. Deben ocultar que lo son, pelean precios como si no fueran ricos, pagan a la romana junto a hijos del pueblo para no ofender o para que estos no abusen de ellos.

Pobres, pero yo tampoco la paso tan bien. Me pregunto todos los días cuánto más tengo que trabajar, cuánto más tengo que esforzarme en escribir artículos o enseñar para que me toque la mía. Me entristece no poder más de lo que puedo. Si me hubieran enseñado a trabajar más productivamente cuánto mejor trabajaría. Creo que mis progresos materiales en relación a mi educación e inteligencia debieron haber sido más significativos.

Llevo una vida de supervivencia en Buenos Aires y será así hasta que no pueda más. Hoy no me sobra nada, pero me espanta lo pobre que podré llegar a ser en el futuro, si tengo la fortuna de llegar a viejo, porque ser un viejo sin fortuna y tener que frotar en lo que quede del PAMI para sostenerme el esqueleto capaz me lo quiera evitar.

Pienso mucho en los gastos que me demandará el retiro, sin mejor jubilación que la mínima. Tendré que vivir de lo que haya ahorrado o de lo que aún pueda generar siendo mayor, como Gepetto. Un mayor sano, porque si me toca una pálida importante o una catástrofe cognitiva, bueno, qué va a pasar. Como si no alcanzara con soportar no ser rico y sobrellevar la

culpa de no ser pobre, se abre un drama enorme al no poder estar seguro acerca de si podré sostenerme en el escalón que me toca.

Me gano la vida en materias que no son significativas para el desarrollo humano, esto es duro porque me hace sentir que en realidad no me merezco nada así que mi trabajo mental se concentra en que ese pensamiento no me lleve a cometer errores culposos como regalar cosas que todavía uso. A favor de la paz, enseñé, empujé a usar la escritura como instrumento para ajustar cuentas, ordenar ideas, y evitar, entre otras cosas, que la marca o mancha de origen se lleven todo y se pueda lucir cada participante con algo que haga al rico más interesante y al pobre menos perdedor. Escribo, también, porque aún hay lectores vivos.

En fin, de alguna manera me siento cómodo escondido en la clase media porque no debo nada a nadie, no debo explicaciones y no me falta lo básico, pero se siente un poco gris también ser parte de un amontonamiento.

De ser pobre hay que laburar o penar hasta la mismísima muerte. Así que es buena idea que los pobres vengan a dar vuelta por las malas nuestros tachos de basura para que tomemos nota todos los días de lo que tenemos y de lo que nos sobra.

La posición social es muy difícil de modificar. Me encontré hace algunos meses con compañeros del secundario interclase: médicos, economistas, textiles, un político del pelotón, y nadie

dijo pago yo. Todos desarmamos fajitos de billetes de mil y completamos el pago en Rojo y Negro, un comedor popular en el barrio de Nuñez cerca de la cancha de River Plate. Todos estamos hoy donde estábamos ayer, hace cincuenta años. Algunos incluso siguen viviendo en la casa que heredaron de los padres, con parches grotescos en los suelos que debieron levantarse para reparar cañerías. Durante la democracia la clase media se fue al descenso y es solo el tipo de cambio el que crea mojonos de ilusión de que eso no es tan así. Pero nos quedaba el control de las instituciones, aunque sea para medrar.

La llegada de un empresario al poder fue un golpazo para los de clase media porque el poder político estaba reservado para nosotros con el apoyo de los pobres que nos votaban, la unión obrero estudiantil, base social de cuarenta años de fracaso económico. El único atenuante para el resentimiento era que el empresario, Mauricio Macri, es hijo de italianos inmigrantes que simplemente cazaron la onda de cómo hacer guita en un país en expansión demográfica y material. No eran herederos de las familias que financiaron la Campaña del Desierto, los que pagaron la cuota una vez.

Pero igual fue una provocación fuerte para todos. El acuerdo social, consenso tácito del '83, es que para ellos teníamos reservado el partido de San Isidro, cuando Libertador se hace finita.

Quise creer, así que me costó aceptar que fue un emprendimiento de ultra ricos que tuvieron

el propósito de acentuar privilegios pero sin los intermediarios de siempre.

Llevaban adherida, como debajo de la panza de la ballena, una burocracia de pretendiers confundidos que con su confusión confundieron a muchos más. Si bien la politización de Macri no podía excluir el interés concreto de sus socios y él en la cuestión inmobiliaria, las energías alternativas y el negocio de Tierra del Fuego, entre otros, puede que esto le resulte familiar a usted también, debían brindarle a sus subalternos una narrativa que les aliviara la tensión de atender a millonarios y facilitara servirlos bajo objetivos nobles, la modernización de la Argentina, la erradicación del populismo, la pobreza cero. Con eso fueron a las elecciones y ganaron. Por supuesto, les fue mejor con los negocios que con los objetivos nobles.

Mi abuela Antonia no era pobre, pero decía sute, coletivo, era socialmente bruta, terminó la primaria, conservo una cartita con reproches, que ya no me visitás, con ortografía decente. Ella me llevaba al cine Los Angeles y después al Palacio de la Papa Frita con su jubilación mínima. Así eran las cosas. Hoy mi mamá, que fue maestra y asistente social, con su jubilación mínima sólo puede imaginar el Palacio de la Papa Frita, evocarlo, como una ceremonia del pasado, su jubilación ridícula, escandalosa, la pone debajo de la línea de la pobreza.

Así que, como sea, yo tengo que evitarles a mis hijos seguir cayendo. Tengo menos metros cuadrados que mis padres, cambio el auto con